

## *Habla su biblioteca*

### **Novedades de la Biblioteca**

#### **“Florentino Idoate”**

KATHERINE MILLER Y CARLOS MOLINA

#### *Visions of Politics*

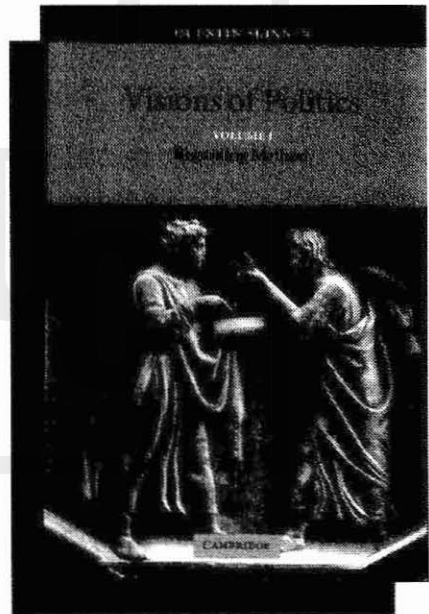
Quentin Skinner

Cambridge University Press, 2002  
3 tomos, 956 pp.

Los filósofos deberían tener algo que decir sobre cómo reconstruir la historia. La reconstrucción de los contextos es la meta. En estos volúmenes, que constituyen sus publicaciones más recientes, Quentin Skinner continúa su examen de la historia intelectual en términos que informan de una manera sorprendente sobre las actuales conversaciones y debates sobre ética y política en la reconstrucción de la manera en que nuestros ancestros pensaron. Nos toca ver los asuntos como los pensadores mismos los vieron en su tiempo histórico —sin superimposiciones de paradigmas modernistas—.

La metodología, junto con su aplicación a tres figuras históricas, está presentada en los tres tomos de este título: Volumen I, “Regarding Method”: se trata de

la metodología contextualista de escribir la historia como género; Volumen II, “Renaissance Virtues”, examina las ideas políticas, morales y éticas del pensamiento político de Nicolás Maquiavelo y Tomás Moro; Volumen III, “Hobbes and Civil Science”, reconstruye las nociones del poder político en sí en las con-



tribuciones filosóficas y políticas de Tomás Hobbes.

Así, Skinner presenta un magnífico estudio de la historia intelectual del Renacimiento europeo de los siglos XV-XVI con atención meticulosa al detalle sin multiplicar ejemplos. Se propone rescatar ideas y metodologías políticas por medio de un minucioso examen de los contextos filosóficos, históricos, sociales y literarios: la metodología es plenamente contextualista y la revive ante el descrédito a la que fue expuesta, bajo el régimen formalista y positivista que caracterizó los acercamientos dogmáticos a la práctica de historiografía en décadas recientes.

Como el primer tomo es una exposición de la metodología encomendada, nos compete clarificar que el propósito de Skinner es de examinar creencias descartando conscientemente los prejuicios modernos, modernistas y postmodernistas (i.e., ¿es esta idea exactamente racional para nosotros en el siglo XXI?). Su propósito es de examinar los pensamientos o creencias del pensador bajo su lupa en el contexto de los presupuestos filosóficos y políticos de la sociedad y época específica en que vivió y escribió. La meta principal, por lo tanto, es de intentar rescatar, sin contaminación modernista, el

contexto de tejidos y presuposiciones, incluyendo el imaginario social, de las circunstancias en que escribió el autor. Solamente así, insiste Skinner, podemos acercarnos a un posible entendimiento de la visión y contribución de figuras como Maquiavelo, Moro y Hobbes. No es recomendable, pues, en esta modalidad historiográfica, castigar pensadores por no haber hecho lo que no entendieron hacer.

Sin embargo, es entendible que este es un trabajo que requiere investigación más profunda y difícil que solamente descartar el pensamiento de la Edad Media y el Renacimiento en el viejo continente calificándolo de “oscurantismo” según nuestros prejuicios postmodernos.

Vale señalar que Skinner refuta las acusaciones de que esta metodología representa la relativización de los valores presentados para nuestra consideración. Contra esta generalización, Skinner analiza los presupuestos teóricos de Roland Barthes, Michel Foucault, Jacques Derrida, Paul Ricoeur, además de otros autores pertenecientes a la Nueva Crítica. Responde que en una historiografía y análisis política *fidedigna* es imprescindible dominar analíticamente nada menos que “el imaginario social, la gama completa de

herencias en términos de símbolos y representaciones que constituyen la subjetividad de una época” (Vol. I, p. 102, *traducción mía*).

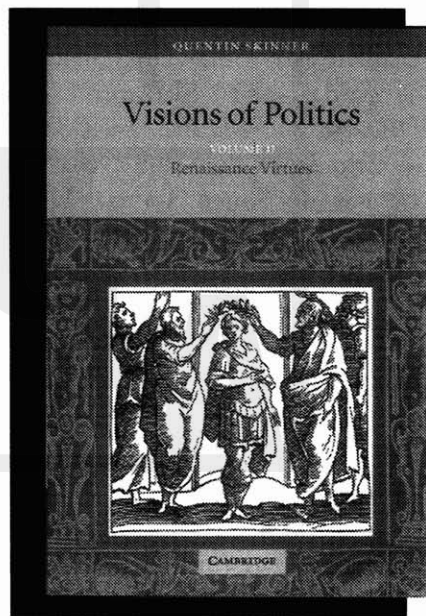
Eso no constituye, declara Skinner, un aval del “relativismo”. No es una abdicación ante las posibilidades de apoyarnos en la capacidad de distanciarnos de nuestros actuales sistemas de creencias y así situarnos—aunque momentáneamente—en una relación analítica a otras formas de vida social y pensamiento. Una dosis de reflexión y tolerancia puede ser el resultado y eso nunca llega tarde ni es malo.

Skinner dedica casi doscientas páginas a un examen y respuesta detenida a la crítica postmodernistas de la historiografía contextualista que la castiga por relativista para concluir, en su manera sucinta e inimitable, que de “denunciar estos estudios no es una defensa de la razón, pero un asalto contra la sociedad abierta en sí” (Vol. I, p. 126, *traducción mía*).

El segundo tomo, “Renaissance Virtues”, contiene elixires para los políticos y periodistas de nuestra era. (Ironías aparte, si se examinan las implicaciones de las tradiciones retóricas desde Aristóteles, pasando por Cicerón, estas constituyen, a mi juicio, una contribución masiva a

nuestra comprensión de la teoría política y ética de la Edad Media tardía hasta la temprana Edad Moderna).

Quien lea estas páginas verá la aplicación brillante del método trazado en el Volumen I al pensamiento de Nicolás Maquiavelo y Santo Tomás Moro en tal manera que ilumina el camino no solamente al entendimiento en su contexto del fenómeno de “republicanismo” de Maquiavelo (clarificación saludable, después de siglos de enfocar la “malignidad” producto de una interpretación ahistórica de *El Príncipe*), sino también la dialéctica subyacente del ideal y precursor de la ciencia cívica de republicanismo presentado por Maquiavelo en sus *Dis-*



*cursos sobre la Primera Década de Tito Livio* El examen que Skinner hace acerca las obras y el contexto amplio del trabajo del Secretario Florentino, descubre que su pensamiento está basada en la participación de una ciudadanía activa y políticamente astuta, beneficiaria de una clara educación cívica. La cirugía practicada por Skinner a lo largo de su tomo sobre los humanistas de los tiempos en sus publicaciones de todo género es todo un éxito.

Maquiavelo y Moro escogieron, implícitamente, el modelo republicano, en contraposición a una monarquía absoluta o principado totalitario, que privaba en algunas visiones renacentistas nostálgicas e irónicas para los que tienen ojos para leer y tiempo para analizar estas obras en la plenitud ofrecida por Skinner. *Los Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* de Maquiavelo y la *Utopía* de Santo Tomás Moro son los documentos bajo escrutinio que nos presenta Skinner, y el ideal humanista brilla con vitalidad igual en ambos pensadores—no solamente en los escritos de Moro.

Los lineamientos que emergen alimentan no solamente el concepto de humanismo cívico desde la Antigüedad (principalmente el *De Officiis* de Cicerón en ambos

casos) si no las visiones de política manejados por Moro y Maquiavelo sobre la soberanía popular en el concepto de una república, precursor del Estado como “hombre artificial” que veremos en el pensamiento de Tomás Hobbes en el tomo III.

Sorprendentes son las conclusiones que—tan temprano como principios del siglo XVI—en la *Utopía* y *Los Discursos*, se vislumbran la política como ciencia cívica y ciencia moral de la política filosófica en términos como “la persona” y “el estado” utilizadas en sus obras como los sustantivos maestros del discurso político hace cuatrocientos años en los primeros años del siglo XVI.

Pero Skinner no abandona el argumento en esta etapa. Sigue el desarrollo hasta terminar el tercer tomo, “Hobbes y la Ciencia Cívica”, donde examina el concepto del poder política en si donde pregunta: ¿El poder político es solamente conquista y subordinación?

Hobbes, dirá Skinner, insiste en la igualdad humana como premisa básica. ¿Cómo mantiene esta premisa? No es la manera en que estamos acostumbrados a pensar cuando consideramos las teorías de Thomas Hobbes. Antes que olvidemos, Hobbes nació en 1588, el año de la derrota de la Armada

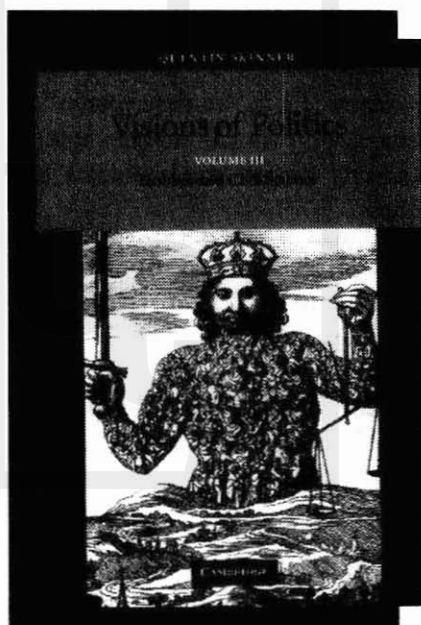
Invencible de España y era, así, contemporáneo de William Shakespeare. ¿Es posible que ellos caminaron más seguros en su supuesto “oscurantismo” que nosotros en nuestra supuesta “iluminación” y claridad?

Siguiendo el hilo del argumento, Skinner insiste que conocer el “imaginario social” e intelectual no es meramente una condición *sine qua non* para la trayectoria histórica de un pensador político. Tiene significado para la exégesis misma del pensamiento de Hobbes, argumenta Skinner. Interesante saber, por ejemplo, que, no obstante, la caricatura de la figura que retrata a Hobbes como un Maquiavelo ateo en el teatro de la Restauración, Hobbes, tal como lo comprueba Skinner, era un escritor sumamente popular en su tiempo.

Es posible que como lectores del siglo XXI con (quiérase o no) los prejuicios de nuestro siglo, no apreciamos plenamente los esfuerzos de Hobbes de crear una ciencia de moralidad, una ciencia de virtud. Este puede ser el caso especialmente cuando no tenemos presente el texto y contexto de *Leviathan* o *De Cive* o la traducción tremendamente penetrante de Tucídides que Hobbes nos ha dejado —o cuando solamente nos dedica a leer antologías que enfa-

tiza datos escuetos y aforismos sacados de su contexto (“La vida es maligna, bestial y corta”; o que el estado de la naturaleza es *bellum omnium contra omnes*).

Hobbes, en su desarrollo de la ciencia cívica (que es y era la ciencia de la moral y de la virtud en nuestro pensador), enfatiza que el ser racional, cuando se presta a formar parte de una sociedad regida por un líder o magistrado civil que se personifica como un actor con el poder de actuar a favor de las necesidades del pueblo y éste se alía con él a cambio de protección, no tendrá obligaciones hacia el estado si no reciba la protección acordada. Dicho de otra manera, Hobbes, enfatiza Skinner,



presenta la hipótesis en términos radicales de la persona del estado que deberá actuar en el interés de los ciudadanos o, caso contrario, los ciudadanos ya no están obligados a prestar obediencia.

Desde la moral y la virtud hasta la ética en la política es un paso más y hemos llegado a la examinación de la ética de la práctica de la elocuencia retórica. En el argumento conducido por Skinner en el contexto histórico amplio del Renacimiento y la Restauración en la política referente a los teorías del estado de Hobbes, Skinner nos ilumina por medio de una clave interesante. Un ejemplo será suficiente. Se trata de una figura retórica que podemos encontrar no solamente en los escritos de Hobbes pero también en los periódicos nuestros cada mañana. Es la "re-descripción" de una acción en tal manera que su carácter moral queda abierta a la duda.

¿Podría ser, si no estamos pensando en la manera más rigurosa, que la astucia es, en realidad, la sabiduría? ¿O que la sobrevaloración y sobreproyección no son nada más que la

generosidad? ¿O que la soberbia es únicamente valor en acción? (Esta figura retórica, jugada por un sinfín de contemporáneos de Hobbes, se llama *paradiastole* en las *Instituciones* de Quintiliano y las famosas defensas de Cicerón.) Hobbes, en su exasperación y excoriación de esta práctica deshonesta en sus implicaciones para la ética política exclama que hemos perdido los verdaderos nombres de las cosas. Y eso en el siglo XVII. Es más, declara Hobbes, el discurso político en que retóricamente se presenta una re-descripción en otros términos—términos cercanos en significados y matices parecidos— constituye la esencia de la corrupción en la vida política.

La moralidad en el discurso política no puede ser ambigua aunque puede ser que tenemos que reconocer ironía en Maquiavelo y Moro. La honestidad, declara Hobbes, es una constatación de un estado de conciencia prestado del pasado que es un factor políticamente relevante en el tumulto del presente.

KATHERINE MILLER